

CONFUSIÓN DE LENGUAS, TRAUMA Y ACOGIDA EN SANDOR FERENCZI¹

Alan Osmo²
Daniel Kupermann³

RESUMEN.

En este trabajo se discuten los conceptos de confusión de lenguas, trauma y acogida en el campo del psicoanálisis. Para Ferenczi, la relación adulto-niño está marcada por una confusión debido a una diferencia de lenguas, lo que hace que a menudo uno no entienda al otro. En este contexto, es posible la aparición del trauma patógeno. La experiencia analítica puede, en lugar de llevar el acontecimiento traumático a un mejor plano psíquico, reproducir e incluso empeorar lo que se vivió como un trauma en la infancia. En este sentido, el principio de la acogida se presenta como crucial en la clínica psicoanalítica con el fin de evitar la posible reproducción del trauma entre analista y analizando. En este artículo, hemos utilizado como principal referencia la obra de Sandor Ferenczi, estableciendo relaciones en algunos puntos con textos de Jacques Derrida y de Walter Benjamin, que discuten el origen de la confusión de lenguas y el problema de la posibilidad de traducción.

Palabras-clave: Ferenczi, Sandor; trauma psíquico; acogida.

CONFUSION OF TONGUES, TRAUMA AND HOSPITALITY IN SÁNDOR FERENCZI ABSTRACT.

In this paper, we discuss the ideas of confusion of tongues, trauma and hospitality in the field of psychoanalysis. For Ferenczi, the adult-child relationship is marked by a sort of confusion due to a difference of tongues (languages), which makes that often one does not understand the other. In this context, it is possible the emergence of the pathogenic trauma. The analytic experience can, instead of bringing the traumatic event to better psychic layers, produce again or even aggravate what was experienced as trauma in the childhood. In this sense, the principle of hospitality presents itself as crucial in order to prevent a possible reproduction of the trauma between analyst and analysand. In this article we used as main reference the work of Sandor Ferenczi, establishing relations at some points with texts from Jacques Derrida and Walter Benjamin, which discuss the origin of the confusion of tongues and the problem of the possibility of translation.

Key words: Ferenczi, Sandor; psychic trauma; hospitality.

BABEL Y LA CONFUSION DE LENGUAS

En *Torres de Babel*, el filósofo Jacques Derrida realiza una lectura del mito bíblico. Para Derrida (2006), esa historia “cuenta, entre otras cosas, el origen de la confusión de lenguas, la multiplicidad de los idiomas, la tarea necesaria e imposible de la traducción, Y de su necesidad como imposibilidad” (pp. 20-21).

Génesis 11 nos habla sobre un tiempo en que todos las personas hablaban una sola lengua. La gran familia semítica tenía un proyecto, entonces, el de edificar una ciudad y una torre que se elevaría hacia los cielos. Ellos querían darse a sí mismos “un nombre”, de modo que no fuesen desparramados por la tierra. Dios

1.- Soporte: Fapesp.

2.- Psicólogo, egresado de la Universidad de Sao Paulo.

3.- Doctor, Profesor del Departamento de Psicología Clínica del Instituto de Psicología de la Universidad de Sao Paulo (USP), psicoanalista miembro de la Formación Freudiana de Río de Janeiro.

reacciona a este proyecto: “He aquí que son un solo pueblo, y todos tienen una misma lengua; y esto es lo que comienzan a hacer (...). Vamos, pues, bajemos, y confundámosle su lengua, para que ninguno entienda el habla del otro” (Génesis 11: 6-7).

Así, la construcción de la ciudad es interrumpida: Dios dispersa a los hombres sobre la tierra, gritando su nombre: *Babel*. Acerca de la multiplicidad de sentidos contenida en el nombre Babel, Derrida retoma el artículo “Babel”, presente en el *Diccionario Filosófico de Voltaire*:

No sé por qué se dice en el Génesis que Babel significa confusión; si Ba significa padre en las lenguas orientales, y Bel significa Dios; Babel significa la ciudad de Dios, la ciudad santa. Los antiguos daban ese nombre a todas sus capitales. Pero es innegable que Babel quiere decir confusión, ya sea porque los arquitectos fueron confundidos después de haber elevado su obra a ochenta y un mil pies judíos, ya sea porque las lenguas se confundieran; y es desde ese tiempo que los alemanes no entendieron nunca más a los chinos (Voltaire, 1764, citado por Derrida, 2006, pp. 12-13).

Babel, como dice Derrida (2006), más allá de ser un nombre propio, por lo tanto intraducible, quiere decir *confusión* en al menos dos sentidos: el de la confusión de lenguas y el del estado de confusión de los arquitectos frente a la estructura interrumpida; pero Babel quiere decir además el nombre del padre, o más precisamente el nombre de Dios como nombre del padre: “Dando su nombre, dando todos los nombres, el padre está en el origen de la lengua y ese poder pertenecería por derecho a Dios, el padre. Y el nombre de Dios, el padre sería el nombre del origen de las lenguas” (p.14). Pero es también Dios, lo que al mismo tiempo desune las lenguas, sembrando la confusión entre los hombres, es decir, lo que aparece en el origen de la multiplicidad de lenguas al mismo tiempo. Por lo tanto, como dice Derrida, Dios “imponer las prohibiciones y al *mismo tiempo* la traducción” (p.18).

¿Qué Dios castiga a los hombres con hacer esto?

Para Derrida (2006), el proyecto de construcción de la ciudad y de la torre que se elevaría hasta el cielo, para la gran familia semítica, tenía como pretensión imponerle al mundo su recién fundado imperio y lenguaje. Ellos querían con esta construcción hacerse de “un nombre”, asegurándose así “una genealogía única y universal” (p.17). Dios interrumpe este proyecto mediante la imposición de su nombre; los idiomas, entonces, se propagan, se mezclan, se multiplican.

A partir del ensayo de Derrida, podemos pensar la *confusión de lenguas* no solo como algo que parece inevitable a partir de la instauración de un origen de las lenguas, sino también como algo que va a *exigir la tarea* de la traducción, incluso obligando al traductor a una cierta *renuncia*⁴.

Esta lectura del mito bíblico de Babel nos parecía un buen punto de partida para introducir este artículo, en el cual pretendemos discutir las ideas de confusión de lenguas, trauma y de acogida en el campo del psicoanálisis. El camino adoptado parte de una reflexión sobre la relación del adulto con el niño en un contexto traumático, continua cuestionando la relación entre el analista y el analizando en la situación analítica y lo que ella puede reeditarse e incluso agravarse de aquello que fue experimentado como un trauma en la infancia; y, por último, concluye haciendo referencia a la relación entre el bebé y el medio ambiente que lo acoge, en el cual la dimensión de acogida aparece como fundamental. Utilizaremos como referencia principal la obra del psicoanalista húngaro Sandor Ferenczi, establecimiento relaciones, en algunos puntos, con textos de Jacques Derrida y Walter Benjamin que discuten el origen de la confusión de lenguas y el problema de la posibilidad de la traducción.

CONFUSIÓN DE LENGUAS EN FERENCZI.

La idea de la *confusión de lenguas* es abordada por Ferenczi en un polémico texto titulado *Confusión de lengua entre los adultos y los niños (El lenguaje de la Ternura y de la Pasión)* de 1933. Esto es importante situarlo en relación con la noción de trauma, que era un tema relevante en la obra del autor, en lo que respecta a los aspectos teóricos y clínicos (Ferenczi los entendía como indivisibles). Intentaremos más adelante,

4.- En su traducción del texto *Die Aufgabe des Übersetzters* de Walter Benjamin (1923/2008), Susana K. Lages explicita que existe una ambigüedad de sentidos en el término *Aufgabe*, que podría ser entendido tanto como tarea, así como por renuncia.

esbozar una diferenciación entre la confusión de lenguas y el trauma, aunque el autor no llegara a hacerlo explícitamente.

En el referido texto, Ferenczi (1933/1992) relata como por lo general ocurría una seducción incestuosa de un niño por parte de un adulto:

Un adulto y un niño se aman, el niño tiene fantasías lúdicas, como desempeñar un papel maternal en relación con el adulto. El juego puede adoptar una forma erótica, pero se conserva, sin embargo siempre en el ámbito de la ternura. Pero eso no es lo que sucede con los adultos si estos tienen tendencias psicopatológicas... Confunden los juegos infantiles con los deseos de una persona que ha alcanzado la madurez sexual, y se dejan arrastrar a la práctica de actos sexuales sin pensar en las consecuencias (p.101-102).

Para ilustrar de otra forma el problema de la confusión de lenguas, podemos evocar lo que Ferenczi (1933/1992) llamaba *amenaza pasional*:

Los delitos que el niño comete, de broma, sólo empiezan a tener un carácter de realidad por medio de los amenazas apasionadas que reciben de los adultos furiosos, rugiendo de rabia, lo que lleva a un niño, inocente hasta entonces, a todas las consecuencias de la depresión (p. 104).

Esta cita se refiere a los casos en que un niño practica inocentemente un “falta” y es castigado excesivamente por un adulto sin control. Sólo a partir de entonces aparecerá el sentimiento de culpa, algo que sería propio de un adulto.

Tanto en los casos de seducción incestuosa como en los de amenaza pasional, descrito por Ferenczi, pareciera haber una confrontación entre dos *lenguas* que tienen cualidades distintas, una *confusión* promovida por una disimetría entre el mundo del adulto y el mundo del niño. Como escribe Ferenczi (1928/1992a), “lo que precisamente escapa a los padres es aquello que para los niños es lo evidente, y aquello que los niños no percibe es claro como el día para los padres” (p.8). Ferenczi da el nombre del *lenguaje de la pasión* a aquello que sería propio de la omnipotencia narcisista del adulto, y del *lenguaje de la ternura* aquello que sería del orden de la ilusión de la omnipotencia lúdica infantil⁵. Sobre la diferencia de la naturaleza entre ellos, es importante tener en cuenta que el propio autor, en el epílogo de este libro, dice que es un problema que continua en suspenso.

Pinheiro (1995), al comentar este tema, señala algunos puntos importantes. El adulto de la pasión es aquel que pierde sus límites. La palabra pasión fue empleada por Ferenczi en un sentido de exceso o abuso, típico de lo psicótico. No es que esta pasión sea propiedad exclusiva de los psicóticos, ya que ella puede estar presente en cualquier adulto en algún momento de su relación con un niño: se trata más bien de “un comportamiento efectivo, de hecho apasionado, irracional, loco” (p.71).

Por otro lado está la ternura, que no conoce la exageración de la desmesura. Ella debe ser entendida no como ausencia de sexualidad, sino como algo anterior a la sexualidad bajo el primado de lo genital. El lenguaje de la ternura, que es lo propio del niño, es el lenguaje de lo lúdico. Ferenczi escribe sobre ella (1930/1992b):

“Lo que el niño quiere, de hecho, incluso con respecto a lo sexual, es sólo el juego y la ternura, y no la manifestación violenta de la pasión” (p.64).

La idea de la *confusión de lenguas* parece poner en juego el tema de la multiplicidad de lenguas. A menudo, los adultos y los niños no hablan el mismo lenguaje, ellos son *extraños* entre sí.

EL TRAUMA Y SUS CONSECUENCIAS

Es importante, en este contexto, profundizar una de las problemáticas centrales en Ferenczi: el trauma

5.- El término alemán Sprache puede ser traducido como lengua o como lenguaje. En este trabajo, optamos por la traducción de lengua.

patogénico⁶. Este tipo de trauma sucede en dos tiempos. Podemos llamar al primer momento de *shock*. Se trata de un acontecimiento que se ciñe de forma abrumadora sobre el sujeto, de manera tal que él no puede ofrecer resistencia. Es importante procurar no restringir ese acontecimiento a un determinado tipo de experiencia, a pesar de que el propio Ferenczi se refería muchas veces a él como experiencias de seducción incestuosa, de punición pasional, o de abandono.

El impacto sobreviene siempre sin preparación, y tiene el carácter de algo súbito y equivale a la “aniquilación de los sentimientos de sí, de la capacidad de resistir, actuar y pensar con vistas a la defensa del sí mismo” (Ferenczi, 1934/1992c, p.109). Frente al gran displacer generado, una posibilidad de escape es ofrecida por la autodestrucción: una “desorientación psíquica”, generada por la destrucción de aquello que mantiene la cohesión de las formaciones psíquicas en una entidad. Esto genera una suspensión de todo tipo de actividad psíquica, que también incluye la percepción.

Durante este estado de parálisis sensorial “se aceptará sin resistencia toda impresión mecánica y psíquica” y “ningún trazo mnémico quedará de esas impresiones”, de suerte que los orígenes del shock se vuelven inaccesibles a la memoria. “Contra una impresión que no es percibida no existe ninguna defensa posible” (Ferenczi, 1934/1992c, p.113).

Sin embargo, según lo descrito por Ferenczi (1932/1990), después de la conmoción la víctima todavía podría ser rescatada. El niño está confundido, él no puede decir nada acerca de lo sucedido. Pero a pesar de esto, éste va a buscar a alguien de confianza que le aporte algún sentido, o al menos que sea un testigo. Es entonces cuando se puede producir el segundo momento del trauma: la desmentida.

Es importante resaltar este punto, pues uno de los aspectos fundamentales de la teoría del trauma de Ferenczi (1934/1992c) es que el “*comportamiento de los adultos en relación a los niños*, que sufren traumatismo es una parte del modo de la acción psíquica del trauma” (p.111). Las posibles reacciones de los adultos, en el sentido de producir lo traumático en el niño, serían: dar signos de incompreensión; castigar al menor; exigir de él un heroísmo de cual todavía no es aun capaz; o reaccionar con un silencio mortífero.

De todas maneras, la actitud de los padres o los cuidadores es la de que “no sucede nada, desautorizando la versión del menor. Los comentarios de los niños acaban siendo ignorados o tratados como irrelevantes y, “frente a ello, el menor, se resigna y deja de mantener sus propias opiniones a tal respecto” (Ferenczi, 1932/1990, p.58). Será justamente la desmentida la que volverá al trauma patogénico: “Lo peor es realmente la negación, la afirmación de que no pasó nada, de que no hubo sufrimiento o incluso llegar a ser golpeado y reprendido cuando se manifiesta la parálisis traumática de los pensamientos o de los movimientos”, leemos en Ferenczi (1931/1992d, p.79). Por otro lado, Ferenczi (1931/1992d) observa:

“Igualmente se tiene la impresión de que esos graves impactos son superados, sin amnesias ni secuelas neuróticas, si la madre estuvo presente, con toda su comprensión, su ternura y, lo que es más raro, una total sinceridad.” (pp.79-80). En este caso, en que la reacción del adulto no es la desmentida, sino mas bien, una acogida y contención, el trauma patogénico no ocurre.

En consecuencia, para que suceda el trauma sería necesarios los dos momentos: el del shock y el de la desmentida. Pero, ¿cómo saber si ellos se produjeron?

Para Ferenczi, el acontecimiento traumático permanece inaccesible a la memoria de quien lo padeció. Solo se observan apenas las cicatrices dejadas por él en el psiquismo. En ese sentido, para adentrarnos más en la noción del trauma en Ferenczi, conviene detenerse un poco en lo que serían las consecuencias de éste para el sujeto.

6.- El concepto de trauma se entiende de diferentes maneras en el psicoanálisis, según el enfoque teórico de cada autor. Algunos autores privilegian una dimensión estructurante del trauma, constitutiva de la subjetividad e inevitable, debido a la necesaria inserción del sujeto en el campo de la cultura y del (cf. Lacan, 1953/1998; cf. Laplanche, 1988); pero la mayoría de los comentaristas de Ferenczi privilegian la condición desestructurante del trauma, que produce efectos catastróficos para la subjetividad (cf. Haynal, 1995; cf. Kupermann, 2006; cf. Sabourin, 1988). En este caso, es el trauma vinculado a las vicisitudes de la historia de vida y de las relaciones establecidas por el sujeto con el ambiente en que vive. En este artículo, utilizamos el término trauma patogénico, como aparece en la obra ferencziana, para evitar una posible confusión con la concepción de trauma estructurante.

La defensa psíquica utilizada en el trauma es la *escisión narcisista*. Una de las partes de la personalidad que fue escindida “sobrevive en secreto y se esfuerza constantemente por manifestarse” (Ferenczi, 1930/1992b, p. 65). La metáfora utilizada por Ferenczi para ilustrar ese mecanismo es la de que en una parte del cuerpo se albergaría “porciones de un gemelo que fue inhibido”. La otra parte, la que fue conservada, asumiría el trabajo de adaptación a la realidad.

Todo sucede como si, como resultado del proceso traumático, la relación de objeto, se hiciese imposible, y ella fuese bruscamente transformada en una relación narcisista. Así Ferenczi (1934/1992c), se refería a “un hombre abandonado por los dioses”:

Si hasta aquí éste estaba privado de amor, e inclusive martirizado, ahora se desprende un fragmento de sí mismo que, bajo la forma de una persona dispensadora de cuidados, considerada..., siente piedad de la parte dañada y atormentada de la persona, cuida de ella, decide por ella... Ello es la propia bondad e inteligencia, un ángel de la guardia, por así decirlo. Ese ángel que ve desde afuera al niño que sufre, o que fue muerto... recorre el mundo entero en busca de ayuda, imagina cosas para el niño que nada pudo salvar (p.117).

Aquí aparece el mismo mecanismo al que el menor abandonado puede echar mano y que Ferenczi (1931/1992d) describió en *Análisis de los Niños con el Adulto*. Una parte de su propia personalidad “comienza a desempeñar el papel de madre o de padre con la otra parte”, de forma de hacer el abandono nulo o sin efecto (p.76); o sea, un fragmento pasa a desempeñar un papel de “*instancia autoperceptiva*” que puede acudir en su ayuda.

Esa escisión marca también la división de la subjetividad en una parte sensible, brutalmente destruida, y una parte que “sabe todo, pero no siente nada” (Ferenczi, 1931/1992d, p.77). Cabe destacar, como consecuencia de este proceso, la relación que se pasa a tener con el cuerpo. Este queda anestesiado, entregado. El sujeto empieza verlo como si estuviese del lado de afuera, como si todo el sufrimiento o dolor fuese infligido a otra persona. (Ferenczi, 1932/1990).

Otra consecuencia importante del trauma patogénico es la *identificación con el agresor*. Ferenczi (1933/1992) propone la hipótesis de que, cuando se enfrentan con una experiencia de violencia o seducción, el niño que tiene la personalidad todavía poco desarrollada “reacciona al displacer súbito no con una defensa, sino con una identificación ansiosa y la introyección de aquello que lo amenaza y ataca” (p.103). Ellos se convierten en un ser que obedece mecánicamente o que se refugia en una actitud obstinada.

Frente a la fuerza y autoridad abrumadora de los adultos, los niños se sienten inhibidos por un miedo intenso. Este temor, cuando llega a su punto culminante, “los obliga a someterse automáticamente a la voluntad del abusador, a adivinar el más pequeño de sus deseos, a obedecer olvidándose de sí mismos” (Ferenczi, 1933/1992, p.102) y finalmente, identificándose con él. En esta identificación, el agresor “desaparece como realidad externa y se vuelve intrapsíquica” (p.102), y mediante la alucinación negativa, la agresión deja de existir como acontecimiento real.

Según Pinheiro (1995), la identificación con el agresor, para Ferenczi, remite a una imagen de la invasión en el yo del niño. “El agresor usurpa el espacio del yo, y toma posesión de este lugar, como si asumiese el habla del niño, y ocupase su espacio psíquico” (p.83), y se convierte en el dueño de ese yo, haciendo caso omiso de su verdadero dueño.

Para preservar el adulto idealizado que lo agredió, el niño está dispuesto a escindirse y “sentirse culpable de algo que no conoce, de algo en donde no percibió ningún mal” (Pinheiro, 1995, p.73). Es más soportable para el niño, volverse a sí mismo en el culpable, ya que perder el objeto idealizado en ese momento equivalen al riesgo de aniquilamiento o de fragmentación psíquica.

Por último, destacamos lo que Ferenczi (1933/1992) denomina progresión traumática. Esta es descrita como una prematuración patológica de una parte de la personalidad, que sucede tal como “la maduración acelerada de una fruta dañada” (p.104). Se trata de una “eclosión acelerada y súbita, como el toque de una varita mágica, de nuevas facultades” (p.104), que estaban en esperando tranquilamente el momento de expresarse. Bajo la presión del trauma, el niño comienza a manifestar los gestos mimetizados de un adulto.

Es posible referirnos aquí a un sueño que Ferenczi (1931/1992d) dice ocurre con relativa frecuencia, y al cual dio el nombre de “sueño del bebe sabio”. En este sueño, un niño recién nacido o un bebe comienza a hablar de pronto, aconsejando sabiamente a los padres u otros adultos, pudiendo transformarse en una

especie de psiquiatra frente a los adultos y, como tal, ser obligado a resolver los conflictos familiares y a cargar sobre sus hombros con la carga de los otros miembros de la familia; y todo ello ocurre a expensas de los propios intereses del niño, quien pierde su espontaneidad.

La consecuencia, para la persona, de la adquisición temprana de un conocimiento y una madurez propia de los adultos y del desarrollo de la capacidad de afectar y ser afectado por los demás, va acompañada de una dificultad en la expresión de los afectos de amor y odio, y de una disminución para poder autoafirmarse a sí mismo (Kupermann, 2006).

Algo que llama la atención a partir de lo anterior es que para Ferenczi, en relación con el trauma patógeno, no es, como se podría esperar frente a la idea de enfermedad mental, de algún tipo de paralización o regresión a formas de funcionamiento más arcaicas, sino más bien, de una relativa adaptación con respecto a la realidad. El autor dice que “toda adaptación tiene lugar en una persona que llegó a ser demasiado maleable por la disociación debida al terror” (Ferenczi, 1932/1990, p.50). Un sufrimiento que es “superado” de este modo, puede volver a la persona más sabia y paciente, pero puede dar lugar a una restricción considerable de la calidad emocional de la vida: “se tiene una mayor parte de los intereses suspendidos en el otro mundo, y el fragmento restante es insuficiente incluso para vivir una vida de rutina” (Ferenczi, 1932/1990, p.66).

LA DESMENTIDA TRAUMÁTICA Y LA POSIBLE TRADUCCION.

Hemos visto anteriormente que la confusión de lenguas se nos impone como una especie de telón de fondo sobre la relación entre las personas y lo explícito de sus destinos cuando pensamos en la relación adulto-niño. Si, recuperando la narrativa de Babel, pensamos en la confusión de lenguas como inevitable a partir de la multiplicidad de lenguas, ¿cómo queda la cuestión del trauma?

El trauma patogénico no puede ser simplemente la confusión de lenguas, pues, si así fuese, cualquier relación en que ella se evidenciase sería potencialmente traumática y acarrearía consecuencias patológicas para el sujeto. ¿Qué es entonces, lo que distingue al trauma? ¿Y, como, en medio de la *confusión*, se evita un trauma? Para buscar esclarecer estas cuestiones, la noción de desmentida se convierte en algo esencial.

También hemos visto ya, que para que ocurra un trauma son necesarios dos momentos. De esta suerte, el puede ser evitado en su aspecto patogénico en tanto no haya una desmentida de parte de la persona de confianza a la cual se recorre en busca de sentido frente a la violación. Sabourin (1988) destaca que, en el caso de que la reacción sea la desmentida, serán dos desmentidas las que operaran al mismo tiempo: la desmentida del adulto de la historia factual, o sea la de aquello que aconteció, y la desmentida de la autonomía del pensamiento del menor.

A este respecto, Pinheiro (1995) señala que el menor deposita “una confianza ciega en el adulto”. Esta confianza se ve amenazada cuando el adulto no corresponde a sus expectativas, es decir, la de alguien que podría escucharlo acreditarlo y ayudarlo a entender lo que había sucedido y lo que significaba. Frente a esta *desmentida* el niño se queda confundido: “¿Será el adulto o será él quien no merece confianza?” (p.82).

Según esta autora, el niño solo puede tener una palabra propia cuando esta es intermediada por su relación con un adulto. Al principio, él toma palabras prestadas del adulto y le dirige a él su palabra para obtener una confirmación. “Este vaivén es una condición imprescindible para que el menor conquiste su propia palabra. Y, por lo tanto, por intermedio del adulto... es que el habla del niño puede o no tener su existencia autorizada” (Pinheiro, 1995, p.74). Con la desmentida se produce una incompatibilidad simbólica. La desmentida asume un tono de verdad absoluta y, con ella, lo que el menor habla pasa a ser considerado como una mentira absoluta.

Negándole la autonomía de pensamiento del menor a su propia palabra, se impone una lengua que tiene un carácter único, universal, algo que podríamos asociar al proyecto de la construcción de la torre, en la narrativa de Babel, que tenía como pretensión imponer al universo un imperio y una lengua.

Como contraposición a una concepción de la desmentida traumática, recurrimos a un ensayo de Walter Benjamin (1923/2008) sobre la tarea del traductor, en la cual la cuestión de la multiplicidad de las lenguas es pensada de otra manera más allá de una simple confusión y de distancia entre ellas. Al igual, que con la desmentida, existe una superposición o un dominio de una lengua sobre las otras a partir de una pretensión de volverse absoluta, total, Benjamin va pensar en una posible complementariedad de las lenguas.

Benjamin (1923/2008) sugiere que una lengua se encuentra en constante transformación. Incluso

aquellas palabras que ya se reconocen en un texto tiene su “maduración póstuma”, de forma que su forma y significado se modifican a lo largo del tiempo. Una lengua considerada aisladamente permanece incompleta; aquello que en ella se quiere decir se encuentra oculto.

En todos los idiomas y en todas sus construcciones existe, más allá de lo comunicable, un elemento no-transmisible. Sin embargo, “las lenguas no son extrañas unas de otras, siendo a priori - y abstrayéndose de todas las vinculaciones históricas- afines en aquello que quieren decir” (p.70). Esta afinidad entre las lenguas se basa en el hecho de que “en cada uno de ellas, tomadas como un todo, la cosa que se designa es una sola y la misma” (p.72). En su pluralidad, las lenguas se complementarían a partir de la totalidad de sus intenciones. Para Benjamin (1923/2008), la traducción tendería a expresar la más íntima relación de las lenguas entre sí, incluso aun si ella fuera “apena un modo provisorio de lidiar con la extrañeza de otras lenguas” (p.73). Una solución definitiva para eso extraño sigue siendo prohibida a los hombres.

Comentado a Benjamin, Derrida (2006) destaca que, en cada lengua, se consigna algo que también es consignado en otros idiomas, pero que ninguno de ellos puede alcanzarlo separadamente. De ese modo es posible decir que “cada lengua está como atrofiada en su soledad, magra, frenada en su crecimiento, enferma” (p.67). Sería a partir de la traducción -es decir, de la suplementariedad lingüística por la cual un idioma ofrece a otro aquello que le falta- que la intersección de las lenguas asegura el crecimiento de los idiomas.

Proponemos en este trabajo, que la desmentida es aquello que diferencia al trauma de la confusión de lenguas. En este sentido, el trauma patógeno puede ser evitado en medio de la confusión de lengua, ya que las lenguas, por más extrañas que sean entre sí, pueden acercarse y complementarse sin que una subyugue a la otra. Elaboraremos, a continuación, esta cuestión a partir de los efectos de la significación anhelados por la clínica psicoanalítica.

CONFUSIÓN DE LENGUAS ENTRE LOS ANALISTAS Y LOS ANALIZANDOS.

Hemos visto anteriormente, acompañando a Ferenczi, la confusión de lenguas presentes en la relación entre el adulto y el niño a partir de las ideas del lenguaje de la ternura y el lenguaje de la pasión. En una de las anotaciones de su *Diario Clínico*⁷, Ferenczi (1932/1990) parece estar atento también a lo que podríamos llamar de confusión de lenguas en la relación del analista con el analizando. Dice la nota: “¿Quién está loco, nosotros o los pacientes? (¿los niños o los adultos?)” (p.129). Se desprende de esta exploración una segunda cuestión, que puede ser planteada de la siguiente manera: ¿puede la experiencia psicoanalítica ser traumatizante para el analizando?

En este comentario Ferenczi (1932/1990) realiza una (auto)crítica implacable en relación al método terapéutico del psicoanálisis que se había ido convirtiendo en algo cada vez más impersonal, llamando la atención sobre una situación mucho más confortable, en la cual el analista se había acomodado. Muchas veces el analista no percibe que una gran parte de la resistencia transferencial es artificialmente provocada por su comportamiento, que consiste en “flotar como una divinidad” por encima de un paciente rebajado al nivel de un niño. El analista puede perpetuarse por un largo periodo de tiempo en una posición de superioridad en la cual es amado sin reciprocidad, en una situación semejante a la de la megalomanía infantil:

De una manera completamente inconsciente, el médico puede así ponerse, con toda una ingenuidad consciente, en una situación infantil de cara a sus pacientes. Una parte de ese comportamiento del analista puede con toda razón ser descrito como de locura por el paciente. Algunas teorías del médico (ideas delirantes) no se pueden avalar; sin embargo, si el paciente no las valida, es un mal estudiante, recibe una calificación baja, se está “resistiendo” (pp.131 - 132).

Muchas veces, el “saber” del analista puede asumir, a los ojos del paciente, un carácter delirante; es un saber excesivo, que quiere hacerse pasar por verdadero, en contraposición a otro saber, que es el de

7.- El Diario Clínico, escrito por Ferenczi (1932/1990) durante el último año de su vida, fue publicado apenas en la década de 1980, o sea, mucho después de su muerte. En este Diario, que tiene un carácter completamente espontáneo, Ferenczi expresa ideas originales en el campo teórico del psicoanálisis, profundos cuestionamientos al dispositivo clínico tradicional, así como divergencias en relación al propio Freud.

analizando. Para Ferenczi (1932/1990), en la propia locura habría un saber, ya que el “ loco” posee una aguda mirada para las pasiones humanas. En su situación particular, él estaría en una “posición de conocer un poco de esta parte de la realidad inmaterial que es inaccesible para nosotros los materialistas” (p.67).

Así pues, en la clínica ¿no sería inevitable la confusión de lenguas cuando el analista, inmerso en un discurso teórico, se dispone a recibir a alguien para análisis? Uno de los principales riesgos presentes en esta situación es la reproducción de la desmentida: desmentida de la realidad de lo que es narrado por el analizando y la desmentida de una lengua que le sería propia.

En este sentido, Sabourin (1988) advierte de los peligros del analista para hacer uso de una teoría o de una fantasía para ridiculizar la realidad psíquica del analizando. Cuando esto sucede, el psicoanálisis agrava la desmentida de la experiencia de la infancia que ya se había producido por la participación de los adultos. De esa forma, si es la desmentida de un adulto lo decisivo en el fenómeno traumático, consecuentemente, es la desmentida del psicoanalista lo que puede provocar “pasajes al acto mucho más grave, por una reproducción ‘peor que la del traumatismo original’” (p.154.)

Con el propósito de que la desmentida no se repita en la situación analítica, es fundamental que exista confianza entre analista e analizando, que posibilite de esta forma un contraste entre el presente y aquello que fue vivido en el pasado. La crítica de Ferenczi (1933/1992) se dirige a un psicoanálisis puramente intelectual, insensible y pedagógico:

La situación analítica, la fría reserva, la hipocresía profesional y la antipatía respecto al paciente que se disimula por detrás de ella, y que el paciente se siente con todos sus miembros, no difiere esencialmente del antiguo estado de cosas que otrora, es decir, en la infancia, lo hicieron enfermar. (p.100).

Lo paradójico es que el riesgo de este tipo de análisis se lleva a cabo exactamente para producir un “buen estudiante”, alguien que acepte dócilmente las interpretaciones del analista y que sea incapaz de criticarlo. “En vez de contradecir al analista, de acusarlo de fracaso o de cometer errores, los pacientes se *identifican con él*” (Ferenczi, 1933/1992, p. 98), así como anteriormente ya se habían identificados con el agresor en su infancia.

El saber excesivo -y delirante- del analista es, así, uno de los principales factores que contribuyen para la reproducción de la desmentida en la clínica. El analista termina por olvidarse de reconocer que hay límites a su conocimiento, así como que hay cierta insuficiencia en su ayuda, algo que Ferenczi (1932/1990) llamaba la “falla analítica”. En contraposición a una actitud de hipocresía profesional, Ferenczi (1928/1992e) valorizaba la modestia del analista. Para ello, es importante que éste sea capaz de reconocer sus errores, de modo que el analizando pueda confiar en su sinceridad y franqueza. El *fanatismo de la interpretación* sería algo extremadamente nocivo, fomentando el olvido de que la técnica de la interpretación es sólo uno de los modos de llegar a conocer el estado mental del analizando, y no el objetivo principal del análisis. Como la interpretación se restringe a ciertos detalles, era imperativa la «comprensión de conjunto del texto”, ya que lo más importante es la consideración de la situación analítica como un todo (Ferenczi, 1924/1993).

En este sentido, una de las preocupaciones constante de Ferenczi recae sobre la formación del analista, ya que al igual que los adultos, que debido a la “pulsiones mal controladas” acaban por conducir una educación que deja de respetar los movimientos propios del niño, también los analistas pueden, en el proceso terapéutico, tener reacciones excesivas -ya sea en el sentido de exigencias de frustración mucho más rígidas, ya sea de una permisividad desmesurada. (Ferenczi, 1930/1992b).

Como resultado del análisis didáctico adoptado en las instituciones de formación de esa época, que tenían una duración menor y no llegaban a grandes profundidades -en comparación con un análisis terapéutico- se creó la absurda situación de que los pacientes estaban mejor analizados que los analistas (Ferenczi 1933/1992). En este sentido, se hizo fundamental que los analistas pudiesen reconocer sus propias emociones, toda vez que, alertaba Ferenczi (1932/1990),

...no se debe descartar la idea de que la costumbre de los analistas de entender siempre como obstáculos la resistencia de los pacientes, de un modo paranoico, de cierta forma delirante, haya sido aplicada injustamente, con fines de proyección o para negar sus propios complejos (p.59)

LA CLÍNICA PSICANALÍTICA Y LA ÉTICA DE LA ACOGIDA.

A partir de la teoría del trauma presentada por Ferenczi, se puede destacar la acogida como uno de los principios fundamentales para una ética del cuidado en el psicoanálisis (Kupermann, 2009). La acogida en la clínica implica la posibilidad de reconocer al analizando como un extranjero que posee una lengua extraña para el analista. De ese modo, es posible que se evite, en la situación analítica, la reproducción de la desmentida; es decir, de que el lenguaje del analizando no sea desautorizada por otro que se quiera proponer como legítimo enunciador de la verdad, como lengua total.

A modo de ilustrar la relación existente entre la acogida y el uso del lenguaje, podemos considerar aquí, junto a Derrida (2003), el caso de Sócrates, condenado a muerte, acusado de no reconocer a los dioses, de introducir nuevos cultos y de corromper a la juventud, tal como fue descrito por Platón en la *Apología de Sócrates*. Sócrates declara que, contra los mentirosos que lo acusan, va a decir solo lo justo y lo verdadero:

Pero no por Zeus, Atenienses, no oiréis discursos como los de ellos, adornados en sustantivos y verbos, en un estilo florido, serán expresiones espontáneas las palabras que se me ocurran.... el mismo lenguaje que habitualmente uso en la plaza, junto a las bancas... Sucede que vengo a este tribunal por primera vez a los setenta años de edad, así que me siento completamente extranjero a la lengua del lugar. Si yo fuera de hecho un extranjero, sin duda me disculparíais el acento y la lengua de mi creación; por eso en esta ocasión les pido la misma tolerancia, que es de justicia a mi modo de ver, por mi lenguaje (Platón, citados por Derrida, 2003 p.17).

Según Derrida (2003), Sócrates es acusado en una lengua que no habla (o dice no hablar), y debe defenderse en esa lengua, frente a la ley y los jueces; él es por lo tanto, ajeno al discurso del tribunal. Sócrates pide ser tratado como extranjero, como si quisiera decir:

... si yo fuese un extranjero, vosotros aceptarías con mayor tolerancia que yo no hable como ustedes, que yo tenga mi lenguaje, mi forma tan poco técnica, tan poco jurídica de hablar, una forma que es a la vez más popular y más filosófica (Derrida, 2003, p.19).

Del mismo modo, el extranjero, al cual le es difícil hablar en el idioma del lugar, siempre se arriesga al hacer su propia defensa ante la jurisdicción del país que lo acoge o lo expulsa:

El debe pedir acogida en una lengua que, por definición, no es la suya, aquella impuesta por el dueño de casa, el anfitrión, el rey, el señor, el poder, la nación, el estado, el padre, etc. Éstos le imponen la traducción a su propio idioma, y esta es la primera violencia (Derrida, 2003, p.15).

En este sentido, Derrida (2003) se preguntaba si, con el fin de ofrecer acogida a alguien, debemos pedirle que él nos entienda, que hable nuestro idioma, en todos los sentidos del término, ya que (y esta es la paradoja que se impone), si el extranjero “ya hablase nuestro idioma, con todo lo que ello implica, si ya compartiéramos todo lo que se comparte con una lengua, ¿el extranjero continuaría siendo un extraño, y se mantendría la idea de asilo y de acogida?” (p.15).

En el ensayo *La adaptación de la familia al niño* y en *EL niño mal recibido y su pulsión de muerte* Ferenczi aborda el tema de la acogida desde otro punto de vista: la de que el otro a ser recibido dentro de la casa es el recién nacido.

La acogida hacia los niños, el bebé que no habla, tiene una particularidad, ya que debe ser siempre una acogida absoluta o incondicional. Ella presupone la exigencia de ofrecer a quien llega una aceptación sin condiciones. Para Derrida (2003), la acogida absoluta exige que abrimos nuestra casa a otro desconocido, que le demos lugar, que lo dejemos “(...) llegar a tener un lugar en el lugar que le ofrezco” sin exigirle reciprocidad (p. 24).

Ferenczi le dará gran importancia al papel del medio ambiente y de la familia en la constitución de la subjetividad del niño. El recién nacido ya se encontraría preparado fisiológicamente para la transición que tiene lugar en el nacimiento; pero para que esta transición ocurra de la mejor manera posible, será

fundamental la acogida proporcionada por la adaptación que la familia debe realizar con el fin de hacer bienvenido a ese nuevo huésped:

En el inicio de la vida, intra y extrauterina, los órganos se desarrollan con una profanidad y velocidad increíble, pero sólo bajo condiciones particularmente favorables para la protección del embrión y el niño. El niño debe ser llevado, por medio de un camino generoso en amor, ternura y cuidado, para perdonar a sus padres por haberlo traído al mundo sin preguntarle cuál era su intención (Ferenczi, 1929/1992f, p.50).

El bebé se encuentra mucho más próximo a un estado de no-ser individual, por el cual corre el riesgo de deslizamiento, si es que no puede encontrar el “monto de amor, ternura y cuidado” antes mencionado. Es en este estado donde estaría, según Ferenczi (1931/1992d), la génesis del sentimiento de autodestrucción, ya que el niño que se siente abandonado pierde el disfrute de la vida y vuelve su pulsión de muerte contra sí mismo.

La mirada de Ferenczi, en este momento de su obra, recae ya no más en una supuesta experiencia individual del sujeto pulsional, sino en la percepción de una indiscernibilidad entre el bebé y el medio ambiente que lo acoge. Esto lo llevará a conferir al fenómeno traumático de un tinte genealógico traumático (y no originario), y a interesarse en la comprensión del campo de fuerza de la producción de lo patológico.

En relación a la indiscernibilidad entre el bebe y el ambiente, Ferenczi (1929/1992f) afirma:

La “fuerza vital” que soporta las dificultades de la vida no es, por lo tanto, muy fuerte en el nacimiento; al parecer, ella sólo se fortalece después de una inmunización progresiva frente a las agresiones físicas y psíquicas, a través de un tratamiento y educación llevado a cabo con tacto (p.50).

Fundamental para esta fuerza vital es que el niño pueda disfrutar de la irresponsabilidad de la infancia, estado marcado por la ilusión de la omnipotencia y de la alegría de existir, por medio del cual ella constituye los impulsos positivos de la vida y la posibilidad de jugar, de simbolizar y de introyectar sus experiencias de satisfacción (Kupermann, 2009); pero la fuerza vital puede verse seriamente comprometida cuando el niño es mal acogido en su ambiente (Ferenczi, 1929f/1992), o, como mejor sugiere el título en alemán del ensayo de Ferenczi -”El niño mal acogido ((Das unwillkommene Kind) y su pulsión de muerte”- cuando el niño es un “huésped no bienvenido” en su familia. En caso de que esto ocurra, las consecuencias para la persona pueden ser que él pierda precozmente el gusto por la vida y que los pequeños acontecimientos sean suficientes como para suscitar una pasión mortífera. El psicoanalista al recibir analizando con esas características, debe estar alerta para que ellos puedan disfrutar, talvez por primera vez en su vida, de la alegría creadora del jugar infantil, favoreciendo de ese modo la emergencia de impulsos vitales positivos, fuente de continuidad del ser, de desear y de razonar para continuar existiendo.

REFERENCIAS.

- Benjamin, W. (2008). A tarefa-renúncia do tradutor. (S. Lages, Trad.). In L. Branco. (Org.), A tarefa do tradutor, de Walter Benjamin: quatro traduções para o português (pp. 66-81). Belo Horizonte: Fale/UFMG. (Original publicado em 1923).
- Derrida J. (2006). Torres de Babel. (J. Barrento, Trad.). Belo Horizonte: UFMG.
- Derrida, J. (2003). Questão do estrangeiro: vinda do estrangeiro. (A. Romane, Trad.). In J. Derrida, Dufourmantelle. Anne Dufourmantelle convida Jacques Derrida a falar da acogidae (pp. 565). Sión Paulo: Escuta.
- Ferenczi S. (1992c). Reflexões sobre o trauma. (A. Cabral, Trad.). In Psicanálise IV (pp. 109-117). Sión Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1934).
- Ferenczi, S. (1990). Diário Clínico. (A. Cabral, Trad.). Sión Paulo: Martins Fontes. (Original escrito em 1932.)
- Ferenczi, S. (1992). Confusão de língua entre os adultos e a criança. (A. Cabral, Trad.). In Psicanálise IV (pp. 97-106). Sión Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1933).
- Ferenczi, S. (1992a). A adaptação da família à criança. (A. Cabral, Trad.). In Psicanálise IV (pp. 113). Sión Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1928).

- Ferenczi, S. (1992b). Princípios de relaxamento e neocatarse. (A. Cabral, Trad.). In *Psicanálise IV* (pp. 53-68). São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1930).
- Ferenczi, S. (1992d). Análises de crianças em adultos. (A. Cabral, Trad.). In *Psicanálise IV* (pp. 6983). São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1931).
- Ferenczi, S. (1992e). Elasticidade da técnica psicanalítica. (A. Cabral, Trad.). In *Psicanálise IV* (pp. 25-36). São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1928).
- Ferenczi, S. (1992f). A criança mal-acolhida e sua pulsão de morte. (A. Cabral, Trad.). In *Psicanálise IV* (pp. 47-51). São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1929).
- Ferenczi, S. (1993). Perspectivas da psicanálise. (A. Cabral, Trad.). In *Psicanálise III* (pp. 225-240). São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1924).
- Haynal, A. (1995). A técnica em questão: controvérsias em psicanálise: de Freud e Ferenczi a Michael Balint. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Kupermann, D. (2006). A progressão traumática: algumas consequências para a clínica na contemporaneidade. *Percurso – revista de psicanálise*, 18(36), pp. 25-32.
- Kupermann, D. (2009). Princípios para uma ética do cuidado. *Memória da psicanálise 3: Sándor Ferenczi: A ética do cuidado*. São Paulo: Duetto Editorial.
- Lacan, J. (1998). Função e campo da fala e da linguagem em psicanálise. (V. Ribeiro, Trad.). In *Escritos* (pp. 238-324). Rio de Janeiro: Jorge Zahar (Original publicado em 1953).
- Laplanche, J. (1988). Teoria da sedução generalizada. Porto Alegre: Artes Médicas. Pinheiro, T. (1995). *Ferenczi: do grito à palavra*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Sabourin, P. (1988). *Ferenczi: Paladino e grão-vizir secreto* (L. Costa, Trad.). São Paulo: Martins Fontes.

Endereço para correspondência: Alan Osmo. Avenida Professor Mello Moraes, 1721, bloco F, sala 28, Cidade Universitária, CEP 05508-030, São Paulo-SP, Brasil. E-mail: alanosmo@hotmail.com.

Psicologia em Estudo, Maringá, v. 17, n. 2, p. 329-339, abr./jun. 2012 da Ternura e da Paixão), de 1933

http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S1413-73722012000200016&script=sci_arttext